

María de la Caridad, símbolo de La Mancha

María Caridad, tú eres La Mancha:
sus piedras, barro y luz, leyenda e historia.

María, en las orquídeas de tus pies,
son pájaros dormidos monte y cerro;
tus dedos, el telar para tapices
de encinas, olivar, jara y tomillo.
En tus pantorrillas,
se redondea el sol, la torre, el viento:
tus tobillos cincel de los sillares
de castillos, ermitas, templos, hornos.
Tus piernas —torneadas y seguras—
husos para la gracia de la espiga,
columnas del pinar,
flor vertical en cruces y obeliscos.
Tus rodillas, la cuna de los llanos
y alfombra en que se postran:
firme anzuelo de estrellas,
pedestal de los héroes y los ángeles.
Tus muslos,
terciopelo y calor de los membrillos,
dulzura en los melones y las fresas,
blancura en el vellón, fuego en la rosa.

María,
sobre tu pecho giran las aceñas:
de tus manos se vuelan las hogazas,
de tu cuello los cisnes, de tu mentón los tallos.
Los molinos de viento bailotean
sobre la eslora o el teso de tus hombros;
sobre tu espalda paran y se duermen
luna, sol y los ángeles romeros.
En la colmena abierta de tus labios
chupan color y olor las zarzamoras:
en ellos, a besar
aprenden los crepúsculos, las noches.
En tus dientes,
se aploman alcazabas y almenares:
desde ellos, nieves y lirios
se bautizan y crean más blancura.

María, en tus mejillas
se estrena la flor blanca y encarnada,
se visten de oro y púrpura los surcos,
las sandías maduran corazones.
En tus orejas pinas
aprenden a pinarse las choperas,
y las viejas campanas
inician su palique con la nube.
Tus pendientes —ya largos, ya redondos—
semilleros de estrellas,
esquilas de los ángeles perdidos,
parpadeos de Dios en almas grises.
En el arco armonioso de tus cejas
se arquea el gran zafiro de los cielos,
la bóveda de templos y bodegas,
la brasa fugitiva de la tarde.
En los aljibes negros de tus ojos
comienzan los aljibes aldeanos,
se cuajan de agua negra y barcos níveos,
guiña la eternidad redondamente.
La artesa de tu frente amasa pétalos,
espuma, ideas, rocas.
En tu pelo, los bosques y trigales
consiguen plenitud y un arpa nueva.

María,
desde tus venas crecen los viñedos;
y de tu sangre asciende el vino joven
que alegra amor, dolor, la muerte, el llanto.
De tu corazón
se desprende el olivo, y él regala
la luna derretida del aceite,
la carne y el primor de la aceituna.
De tu vientre redondo
viene el trigo,
la alondra que lo anuncia,
la tolva que recoge su blancura.
De tu paisaje interno
nace el exterior:
con Sanchos, Dulcineas y Quijotes
y el carro de Teresa de Jesús.



María,
tú eres la Mancha clara y alta, azul y parda:
historia y geografía,
modo de ver, hablar, ser y morir.
Tú el poblado con túnica de cales,
tú el adobe con veste de topacios,
tú la aceña con arpa de agua y chopos,
tú el templo con su lanza y la flor de la cigüeña.
Tú la fuente y el puente,
tú el risco y el aprisco,
tú el camino en la arena y en la nube,
tú el ojo de los lagos y un lago de misterios.
Tú la maternidad y el señorío;
tú... ayer, hoy, y pregón hacia mañana.
Tu refajo de luna y lentejuelas
pañal, bandera, rosa de los siglos.

María Caridad, por tus miradas
se acercan Dios y el hombre. ¡De rodillas!

Máximo González del Valle